

un novio, ó la curiosidad de una parienta. Y esa curiosidad, esa admiracion, y esa envidia vienen á decir nada ménos que el hambre de los muchachos y el aumento del pasivo del gefe de la colonia, quien llega un dia á privarse de pasar por media ciudad, á causa de los muchos *ingleses* que tales derroches han creado.

Todos quieren parecer mucho mas de lo que son; y con mil trabajos hallarás uno solo que tenga la filosofia necesaria de confesar que no estrena tal ó cual cosa porque no tiene con qué; y todavia mas dificilmente, quien se limite á sus recursos y no contraiga mas deudas que un gobierno.

Por eso en la corte son tan necesarios los *montes de piedad*, las tiendas de los descendientes de Jacob, los desolladeros de los que compran y venden, y la existencia de esos filántropos que se contenta, con un toston en el peso semanariamente, y creen que han ganado el cielo ejerciendo actos tan caritativos.

Aquí doy fin á esta epístola; porque como aun no cede la irritacion *pascual*, voy á tomar un baño que un médico famoso, de esos que hablan chapurrado, ha querido que tome. En otra vez te contaré otras cosas que aun me faltan.—*Caralampio*.

México, 25 de Junio de 1859.

Ahora sí que he quedado convencido de que de algo sirven las enfermedades, lo que hasta aquí jamás había podido pasar, no obstante que algunos se empeñaban en hacerme creer que cuanto acontece al hombre es para su mayor felicidad, ora en el orden físico ora en el orden moral. Dejo á los inteligentes debatir esta interesante cuestion, que á mí no me importa; y vengo á lo que sí hace á mi propósito; es decir, á demostrarte que las enfermedades de algo sirven en esta pícaro vida. Si á consecuencia de lo mucho que me estropeó la ida á Tlalpam no me hubiera buscado una irritacion mas regular que un franciscano, el médico nada tendría que haber hecho conmigo; y no teniendo que hacer, no me habría mandado tomar baños; y no tomándolos, no habría tenido ocasion de conocer esos preciosos establecimientos,

creados en la corte para limpieza, diversion y refocilamiento de los hijos de este suelo ventaroso.

Porque ya sabes cuánto es el horror que tengo á los baños dentro de las cuatro paredes, y que cuando el aseo de mi persona lo exige, me voy pasito á paso á lo mas apartado de aquel hermoso rio que rodea nuestras Batuecas, donde sé, á no dudarlo, que si hay desecho de malos humores y de otros alifafes, sé tambien que el agua se renueva diariamente y se purifica con su invariable curso; mientras que en una tina ó *placer*, como algunos dicen aquí, hay necesidad de usar lo que otros han usado, y bañarse en la misma pieza donde otro ha dejado cuanto pudo.

Mas aquí en la corte no hay ese peligro, merced, á las sabias precauciones tomadas por los que han inventado esas cosas, dignas de la cultura y civilizacion del siglo XIX. Porque has de saber, Bibiana mia, que en una sala de quince ó veinte varas de longitud, se van formando con tabiques de ladrillo ó de tabla una buena porcion de aposentos, á los que se dan dos ó dos varas y media de largo por igual cantidad de ancho; eso cuando el local lo permite, que cuando no, tiene que contentarse el bañador con un terreno mas escaso relativamente, que el de la república de Andorra. En ese espacio acomodan una tina, las mas veces de zinc con sus dos llaves para surtir de agua fria ó caliente, un par de sillas, un aguamanil, un espejo y una estera. En otras partes, aunque bien raras, se añade una escupidera y un orinal.

Luego que un ciudadano se presenta en aquel lugar, un oficioso sirviente se apresura á llevar al número tantos, una charola que contiene la bata de baño, una toalla, dos pomitos con esencia, cepillos y peines, y un par de tijeras para las uñas; item mas, unas hebras de mecate formando un gracioso nido de gorriones, y una teja de jabon tan sutil, tan volátil, que hay necesidad de llevar la mano á la boca, para que el aliento no la ponga

en fuga. Hecho esto, queda el parroquiano á sus solas y se sirve la agua que necesita á todo su gusto, pues para esto tiene á su disposicion ambas llaves.

Pero aquí empiezan los apuros del susodicho; porque á proporeion que el agua caliente comienza á descender sobre la taza del baño, se empiezan á desprender todos los residuos de la refaccion anterior, y se va formando una tela tan compacta, tan espesa, tan palpable sobre la superficie del agua, que bien se puede creer trasportado al interior de una cocina, donde acaban de lavar los platos de un succulento almuerzo. Si el individuo quiere tomarse el trabajo de dar salida á aquella colecta, y abre la válvula que la obstruye, á la segunda y á la tercera vez que haga bajar el agua se encontrará con un contingente igual, y en medio dejar limpia la tina acabará sus fuerzas y su tiempo, sin que por eso deje de recibir ántes que de agua, un baño de grasa, dejada allí por todos los que le antecedieron en la posesion momentánea del baño.

Si prescindiendo de todo eso hay la resolucion bastante de zambullirse en el agua, sucederá que mientras la cabeza y los ojos están llenos de espuma de jabon, se cuele dentro del aposento, *hospite insalutato*, una persona ya del mismo, ya de diferente sexo, que por advertida inadvertencia quiere tomar en buena compañía igual refrigerio, no obstante leerse muy claramente que no se permite la reunion de dos personas en un solo baño; aunque para hablar con exactitud no en todas partes han tenido esa precaucion, pues hay donde la advertencia se hace en estos términos: "Cuando dos personas entren á un mismo aposento, pagarán doble, aun cuando una de ellas no se bañe."

¿Quién no comprende desde luego que lo único de que se cuida es de que se pague el alquiler de la pieza, ora sirva para el baño, ora se destine á cualquier otro uso? Eso, y el estar los tabiques de division tan bajos que

sin necesidad de ser acróbata se pueden escalar, ofrece mil motivos de diversion y de regocijo á los que andan á caza de locas aventuras. Es verdad que cada aposento tiene su cerradura interior; pero como no es raro que los criados olviden algunos de los útiles á tiempo de abrir las puertas de aquel retrete, hay necesidad de dejar abierto para evitarse el salir del baño cual otro Adán á recibir el objeto olvidado, ó pasarse sin él, lo cual no siempre se puede.

Por otra parte, es preciso convenir en que si á unos cuantos batuecos no les agradan visitas de esa especie á la hora de tomar un baño, eso no quiere decir que la totalidad de la gente cortesana vea con ojeriza á todos los que pueden proporcionarle algun momento de placer, en pos del cual corre siempre sin detenerse, y por el cual tiene sus mas dulces afecciones. Así es que no por dar gusto á unos cuantos imbéciles que no han comprendido todavía que la vida se hizo para gozar y nada mas, se ha de prohibir la entrada á los que sean capaces de proporcionar á un buen parroquiano cuanto contentamiento pudiera apetecer. A los que se bañan frecuentemente, y por tanto dejan lucros á la casa, se les procuran cuantas ventajas pueden desear; y para tenerlos mas contentos se les da por una de sus pasiones dominantes, la música; y al mismo tiempo que están sintiendo las dulces impresiones de una agua agradablemente tibia; se regala el oido con las notas arrancadas á un desventurado piano por las dedos algo torpes de un aprendiz de música.

Ayercabalmente he notado que todas las casas de baño estaban verdaderamente de fiesta, á consecuencia de que hay aquí la preciosa costumbre de ponerlas bajo la proteccion de San Juan Bautista, quizá por haber sido este santo afecto á la *hidropatia*, segun reza la leyenda, y cuenta uno de los defensores de ese sistema. Por consiguiente, el dia que la Iglesia recuerda el nacimiento

de ese santo, todos los baños con arreglo á una muy antigua usanza, se engalan con arcos y flores, se ponen cortinas, se riega el suelo y se hacen otras demostraciones de regocijo, v. g., el poner en las jaboneras unos curiosos pescaditos de jabon, dorados y con unos recortes diminutos de seda que llaman flores. Las toallas y las batas ese dia están albeando de limpieza y no se han sacado de un baño, y secado para otro que se ocupa un poco mas tarde. Aun los mozos de servicio ese dia, procuran ser mas afables que en el resto del año y se presentan con cuanto aseo les es posible.

Por estos motivos quedé admirablemente sorprendido cuando ayer en lugar de traerme una bata algo mas gruesa que de brin y un poco mas morena que camisa de leona, ni pude encontrar las señales de su próxima pasada fatiga, ni encontré el agradable calor que le comunica el sol á una pieza de ropa cuando se le quiere dar ese único beneficio. Así es que con el mayor gusto del mundo salí de mi refrigerante baño, me envolví en mi bata y me calé, como es de ordenaza, la toalla en la cabeza, con todo lo cual, cuando me ví en el espejo, dudaba si era yo el Caralampio de siempre, ó si por un milagro de las hadas me habia convertido en un musulman embutido en su blanco albornoz y cubierto de su eterno turbante. En esas cavilaciones me encontraba sumergido cuando la voz del mozo de servicio me sacó de ellas. "¿Se calienta la ropa? me preguntaba muy sollozto.—¿Cuál ropa? pregunté sin saber si era yo el interpelado, como dicen los padres conscriptos cuando en el salon de un congreso se hacen sus confidencias.—La bata, la camisa, los calzoncillos, el chaleco.—Anda al diablo con tus calentamientos y déjame en paz." Un gruñido intraducible puso término á ese diálogo á travez de la puerta, y hasta muy tarde comprendí que lo que ocasionaba aquella conclusion era la falta de propina que perdía con mi repulsa á sus ofrecimientos. Porque ya

otras veces te lo he dicho, y ahora te lo repetiré: en Méjico todo lo encuentras como lo busques, todo lo hay á pedir de boca, ó para hablar con mas claridad á pedir de bolsa. De nada te sirve que tú pagues lo que la tarifa de tal establecimiento reza; siempre se entiende aquella tazacion sin perjuicio de tercero, y precisamente á quienes les viene de molde esa terciaria es á los criados y á las criadas de todo establecimiento público, y no pocos de los de las casas particulares.

Antiguamente no tenia la corte estos precisos establecimientos para la salud y placer de los cortesanos; pero en cambio habia otros en que se media la agua fria y caliente y pasaba á unas tinas de palo, cuyas averias y contratiempos eran cubiertas con sebo, lo cual si no era muy agradable al tacto, á la vista y al olfato, era eficazísimo para la salud, por cuanto dicen los inteligentes que el sebo es muy medicinal; y tal podria ser el fisico del paciente, que saliera curado de algun achaque en cambio de otros que podia adquirir en un baño que servia para todo el mundo, y con quien nada tenia que hacer la junta de salubridad. Pero ya esto ha desaparecido en su mayor parte, así como los famosos *temascales* en donde se curaban radicalmente todas las enfermedades del sexo femenino, mediante un cuasi asamiento á fuego lento.

Hoy no: la medicina que progresa lo mismo que todo, ha cambiado la proa y se ha dirigido á otros terrenos no explotados. Así es que existen hoy como una cosa probada y aprobada para la salud, baños *de agua corriente*, baños *de ducha*, baños *de regadera* y otra multitud que por de pronto no me acuerdo. Tambien es sumamente probado por sus buenos efectos, bañarse en domingo, de preferencia á cualquier otro dia; lo que sabido por los dueños de los baños les inspiró la buena idea de aumentar en los dias de fiesta el precio de la ablucion, quizá para acallar con el ruido del aumento os gritos y escrúpulos del agua por hacerla quebrantar

el precepto del Decálogo que previene no se trabaje en tales dias.

Con los baños voy quedando espedito para continuar mis escursiones: por consiguiente, en breve seguiré dándote mas noticias de lo que me encuentre por la corte. *Miéntas tanto, adios.—Caralampio.*

México, 28 de Junio de 1869

México, 28 de Junio de 1869
 Me voy quedando espedito para continuar mis escursiones: por consiguiente, en breve seguiré dándote mas noticias de lo que me encuentre por la corte. Miéntas tanto, adios.—Caralampio.

México, 28 de Junio de 1859.

Muger querida: como cosa propia de la estación voy á hablarte de una costumbre que reina en la corte y que en ninguna otra parte he visto, no obstante lo curioso que soy y lo mucho que procuro siempre averiguar todo cuanto puede cojerme de nuevo. Esta costumbre es la de poseerse de un espíritu bélico todos los que viven aquí y hacer, si es lícito decirlo, un segundo carnaval, aunque solo respecto de disfraces, pues ninguno gasta careta ni se presenta sino con la cara, buena ó mala, que Dios le dió. Eso sí empaquetados dentro de alguna pieza del atavio militar. Hay unos que portan todo el uniforme, otros que solo gastan el chaocó, otros que sobre la no limpia camisa ostentan unas tiras de trapo con honores de fornituras; pero llevando al extremo un sable de ojadalata ó de madera pintada. Lo que importa es que to-

dos se presenten el día de S. Juan con alguna cosa que los haga parecer soldados.

Me he preguntado porqué de preferencia se escoje ese día para tales frascas; pues ni por asomos veo que el santo Bautista haya sido jamas afecto á la guardia nacional ni al ejército permanente. Que los dueños de baños lo hayan declarado hidropático, tiene algo de razon, aunque no sea sino por los eternos pediluvios que se daba en el Jordan; pero soldado ó protector de ellos, por mi santiguada que no lo alcanzo. En fin, eso lo explicará quien esté al tanto de la fundacion de esa agrdable, útil y conveniente usanza.

Con mucha anticipacion empieza á venderse en los portales y en los depósitos de juguetes para niños de carton, una multitud de objetos guerreros, tales como fusiles de caña, (vulgo carrizo) espadas de palo de ojadalata y aun de hierro, cartucheras, gorros, banderas, caballos de badana, tambores, trompetas y aun armaduras del tiempo de las cruzadas. Los muchachos se desviven por adquirir tales cosas, y ya por caminos legales, ya por otros no muy limpios, se procuran el importe de algunas piezas de esa especie, con las cuales se engalanan y corren en busca de otros de la misma edad para formar el pié veterano de un batallon, en el que se va dando cabida á todo el que se presente con alguna prenda de esa municion anual. En esos ejércitos como en otros, se declara gefe al mas atrevido para conducir á los demas á la pelea, y una vez organizados marchan á buscar enemigos con quienes lidiar y á quienes poder vencer.

A muy poco andar, pues como te dije ántes, en ese día todos son guerreros, se encuentra otra falange de chicos mas ó ménos semejantes en disciplina, armas y número, y sin previa causa motivada, sin ultimatum alguno, sin declaracion formal de guerra, sin un simulacro apénas de pronunciamiento, se marcan recíprocamente

el alto, se preguntan *si son moros ó cristianos*, pues parece que estan son guerras de religion, debiendo por fuerza estar en oposicion, quieran ó no, á guisa de suegras y yernos. Sucede muchas veces que la falange A, pocos momentos despues de haber gritado *soy cristiana*, y haberse dado una buena felpa con la faccion B que era *mora*, encuentra á la banda C, que es cristiana y se bate con ella de lo lindo, bajo estandarte diverso. Parece que esta costumbre tiene por objeto esclusivo el ir acostumbrando á los jovencitos á que nunca sienten los cascos, pues eso es de un efecto retrógado, sino á defender hoy el Alcoran y mañana la Biblia, lo cual es mas progresista sin comparacion. Por eso hemos visto á tantos continuar en su mayor edad esa diferencia, y mas que diferencia, contradiccion en las causas que han defendido. Sin duda que hoy creen todavía que juegan á las guerras de S. Juan, y por eso ayer gritaron muera la morisma, y hoy se desgañitan gritando muera el cristianismo.

Una vez sabido el color del bando opuesto, por fuerza se acepta el contrario, y despues de echarse unas cuantas desvergüenzas, que hacen oficios de proclamas y manifestos, despues de sacarse á la cara que el uno es hijo de barbero y el otro de tortillera, en cuyo lenguaje é historia se encuentran perfectamente instruidos, comienza el fuego graneado de piedras, del que no pocas veces resultan diez ó doce descalabrados y otros pocos contusos. Si la pelea se encarniza, como sucede á veces, mediante tal cual palabra eléctrica que se desprende de alguno ó de los dos partidos, palabra que revela poridades de familia, y que surte mas efecto que aquel famoso "*cuarenta siglos os contemplan*," entónces se echa mano de la arma blanca y se dá una carga al palo, y se ron pen tres ó cuatro costillas. Allí en ese punto comienzan las imprecaciones de los heridos, los sustos de los vencedores á la vista de la sangre, los lloros de los reclutas, y las maldiciones de las madres y padres de

los mal parados, quienes procuran huír miéntras que sus progenitores sin curarse del derecho de guerra, ni de la neutralidad que debian guardar por las prescripciones del derecho internacional, toman parte en los hechos de armas y dan sobre los vencedores con cuanta furia pueden, ora sus enemigos sean débiles criaturas, ora los vean con armas casi inofensivas.

Pero tamaña felonía no queda impune: otra potencia poderosa, en vista del quebrantamiento de neutralidad tan escandaloso, hace suya la onestion; y con armas poco mas ó ménos iguales, es decir con puñales y con piedras se comienza la lid, en la que poco á poco se mezclan nuevos auxiliares de una y otra parte, bien por defender el honor del barrio, que es como si dijéramos la nacionalidad, bien porque son parientes de los chicos que dieron principio á la batalla, bien porque se presenta la ocasion de humillar á un rival, ó bien, en fin, porque el santo Precursor tiene el privilegio de que en su día se medio maten algunos cristianos para honrar su nacimiento.

Cuando ya ha corrido alguna sangre, cuando ya un barrio se ha levantado contra otro, y amenaza tomar la funcion de armas dimensiones colosales, aparece la policía, que es como un congreso supremo que viene á traer la oliva de la paz, aunque su método es un poco mas significativo. Se abre campo entre los contendientes, derriba al uno, pilla al otro, cintarea á aquel, y no sin recibir de vez en cuando algun proyectil ó alguna herida mas ó ménos grave, consigue llevar á los inocentes y pacíficos tal vez, á una de las hospederías destinadas á los turbulentos de todas líneas, á uno de esos hoteles para el público que innoblemente llaman cárceles.

Al día siguiente algunos muertos, unos pocos mas heridos, familias ó huérfanas ó con el padre y la madre en cautividad, muchachos aporreados, otros desnudos á causa de las luchas pasadas, gorros y fusiles despedaza-

dos, fragmentos de banderas y espadas: hé aquí el campo de batalla, y hé aquí todo lo que deja en la cortezana México el nacimiento de San Juan Bautista. Pero eso es ahora; ántes, segun me cuentan algunos conocedores del país, la cosa era mas en grande, el entusiasmo mayor, y nunca se creía que el día de San Juan habia sido bueno si no se daban sendos porrazos los de los barrios antagonistas. Casi, casi van perdiéndose esas costumbres belicosas: el espíritu guerrero muere: los espectáculos bellísimos que daban los barrios de San Pablo y la Palma van convirtiéndose en recuerdos históricos, y es verdaderamente lastimoso que no se trate de reanimar ese espíritu público que se sublevaba por solo el motivo de haber venido al mundo un santo tan pacífico como creo lo fué el predicador del desierto. Ya he dicho, aunque de paso, las ventajas que resultan de ir formando un pueblo guerrero, y mas que guerrero versátil en los principios que defiende; y como esto segundo es de inapreciables ventajas para la vida de las naciones, creo que á la vuelta de treinta dias de San Juan, ya tendríamos unos soldados con los cuales podríamos defender hasta el imperio Chino ó la república de 93, porque á todo se prestarían.

Otra de las ventajas que esta costumbre trae es la proteccion directa á las artes; porque en los dias que preceden al de San Juan se ocupan muchísimos en la fabricacion de uniformes y de armas para lo cual se ocurre á las fábricas de papel, al espendio de colores, á la oficina del bateojero. Los pintores aguzan su ingenio para poner en las banderas y estandartes los animales mas raros y desconocidos que parodien el águila nacional: los carpinteros abandonan toda ocupacion para dedicarse á hacer magníficos sables que sirvan en las campañas, y otros muchos hacen una poda completa en los carrizales para proveer de fusiles á los belicosos chiecos. Este movimiento produce mucho bien en una po-

blacion, no hay duda; y ese movimiento es la vida de las naciones. Por tanto, concluyo que la corte no tiene tanta vida como en los dias de San Juan y otros por el estilo.

Adios, hija mia: ya he tomado todos los diseños que he creído indispensables para remitirlos á las Batuecas, á fin de ver si se trasladan allá estas civilizadísimas costumbres, porque te confieso que me han gustado hasta no mas. Adios.—*Caralampio.*